

El camino a Sion

Por Jessica Larsen

Basado en una historia real

Richmond, Misuri, 2 de junio de 1862

“Mary, ¿qué ves?”. La madrastra de Mary hablaba suavemente desde la cama donde yacía enferma.

“Parece que la batalla se acerca”, dijo Mary, mirando por la ventana. La Guerra Civil de los Estados Unidos se lidiaba a unos pocos kilómetros de distancia. El sonido de las balas había llenado el aire desde la mañana. Mary se volvió a su madrastra. “Lo siento mucho, no creo que podamos salir de casa para ir a buscar al médico”.

“Acércate”. Mary se sentó junto a la cama y tomó la mano de su madrastra. “Sé que tu padre todavía no está bien”, dijo con voz suave la madrastra de Mary, “pero tienes que llevar a la familia a Sion; a tu hermano, a tu hermana y a los gemelos. No dejes a tu padre tranquilo hasta que vaya a las montañas rocosas. ¡Prométemelo!”.

Mary sabía cuántos deseos tenía su familia de ir a Salt Lake City. Después de haber oído el Evangelio y de haberse bautizado, habían salido de Inglaterra para unirse con los santos en Sion. ¿Pero sería posible hacerlo? Miró a su padre, quien estaba sentado en silencio en su silla. Tres años antes, su padre había sufrido un derrame cerebral terrible que le había dejado el lado izquierdo paralizado.

Mary respiró profundamente. “Lo prometo”, susurró.

Poco después, la madrastra de Mary cerró los ojos por última vez.

Al poco tiempo, una mañana, Mary decidió que era hora de decirle a su padre la promesa que había hecho. “Sé que solo tengo catorce años”, dijo ella, “pero tenemos que llevar a nuestra familia a Sion”. Oyó a los gemelos despertar. “Tengo que ir a preparar el desayuno”, dijo ella. “Pero piénsalo, por favor”.

Unos días después, el padre llamó a Mary. “Está todo arreglado”, le dijo. Seguía hablando con dificultad a causa del derrame. “He vendido nuestra tierra y la mina de carbón para que podamos comprar un carromato, unos bueyes y algunos artículos. Dentro de poco va a salir una compañía de carromatos hacia el oeste. No son Santos

de los Últimos Días, pero podemos viajar con ellos hasta Iowa. Cuando llegemos allí, podemos unimos a una compañía de santos que vayan al valle del Lago Salado”.

Mary lo abrazó. “Gracias, padre”. ¡Dentro de poco irían a Sion!

Los días pasaron con rapidez mientras Mary ayudaba a preparar a su familia para el viaje. “Todo va a salir bien”, se decía a sí misma. “Pronto etaremos en Sion”.

Pero entonces su padre enfermó. Por la manera en que le caía un lado de la boca, Mary temía que fuera otro derrame.

“Está demasiado enfermo para viajar”, le dijo ella al líder de la compañía de carromatos. “Necesitamos algunos días para que se recupere”.

“No podemos esperar”, dijo el hombre bruscamente. Al ver la cara de Mary, suavizó su tono de voz. “Pueden permanecer aquí hasta que esté listo para viajar, y después nos pueden alcanzar”. Sin tener otra opción, Mary accedió.

Una semana más tarde, Mary preparó a su familia para volver a viajar. “Los gemelos y Sarah pueden ir montados en los bueyes”, le dijo a Jackson, su hermano

de nueve años. “Papá puede ir en el carromato y tú me puedes ayudar a llevar a los bueyes”.

“Tengo miedo”, dijo Sarah en voz baja. Solo tenía seis años y parecía muy pequeña sentada en la ancha espalda del buey. Los gemelos, de cuatro años, miraban a Mary con los ojos muy abiertos.

“¡Vamos a ir a un buen ritmo y alcanzaremos a nuestro grupo!”, dijo Mary con un entusiasmo forzado.

La familia Wanlass siguió viajando milla tras milla, y durante días. Al fin, incluso Mary tuvo que admitir la verdad.



ILUSTRACIONES POR MELISSA MANWILL